

Es consciente de que el enemigo más peligroso es el hombre mismo y, por ello, se empeña tenazmente en que el vecindario no contribuya a la degradación del medio ambiente urbano. Aunque como punto de partida comienza reconociendo que el enclave del pueblo es saludable: «...*que dada la altura, la planicie sobre la que se encuentra edificada y demás circunstancias que las condiciones son las más recomendables para hacer de él un pueblo en buenísimas condiciones higiénicas. La luz solar y la aireación es perfecta...*», con un criterio rousoniano, no duda en reconocer que el elemento perturbador de toda esta armonía lo constituyen las prácticas insanas de la población «*lo que la naturaleza nos ofrece a manos llenas, el hombre lo trastorna produciendo y formando focos de infección que a muy poca costa estaban evitados; como las casas de labradores, éstas se encuentran dotadas de amplios corrales convertidos casi todo el año en pudrideros donde se amontonan las basuras y detritus procedentes hasta de los excrementos humanos en muchos de ellos, los cuales al sacarlos en las épocas de costumbre son depositados en basureros que, como infecto cinturón rodea la población que casi tocan a sus paredes y cuyo antiestético y antihigiénico procedimiento originó por parte nuestra una denuncia a la Junta local de Sanidad...*

*Queremos que por quien se deba, se prohíba el que precisamente en los meses de más calor se saquen y limpien los detritus y tarquín de los aljibes y se depositen en la vía pública bajo la acción de los abrasadores rayos del sol produciendo insalubres emanaciones. Todo esto lo exigimos en el nombre santo de la salud y de la higiene».*

Es consciente de que no se consigue la salud individual sin la higiene colectiva. En consecuencia, en su intento de llamar la atención de las autoridades y de la población en general para que cesaran en sus agresiones sobre el paisaje urbano, constantemente se detiene para denunciar el ambiente malsano que ofrecía la villa: «*Empleándose también la obra de saneamiento de la población, librándola de esos inmundos basureros que la rodean, ofreciendo el triste espectáculo de pueblo amurallado de inmundicias...*».

Casas de Ves era —y sigue siéndolo—, un pueblo agrícola con una población de 2.100 habitantes. En este entorno agrario, campo de observación del doctor Castro, todavía no había aparecido la agresiva tecnología industrial como agente perturbador de la naturaleza.